

JOSEPH RATZINGER

LA FRATERNIDAD DE LOS CRISTIANOS

CUARTA EDICIÓN

EDICIONES SÍGUEME
SALAMANCA
2021

Al profesor Albert Lang,
con ocasión de su setenta cumpleaños

Traducción de José María Hernández Blanco
del original alemán *Die chirstliche Brüderlichkeit*

© Kösel-Verlag, München 1960

© Ediciones Sígueme S.A.U., 2004

C/ García Tejado, 23-27 - E-37007 Salamanca / España

Tlf.: (+34) 923 218 203 - ediciones@sigueme.es

www.sigueme.es

ISBN: 978-84-301-2084-0

Depósito legal: S. 81-2021

Impreso en España / Unión Europea

Imprenta Kadmos, Salamanca

CONTENIDO

<i>Presentación</i> , de Ricardo Blázquez	9
---	---

ANÁLISIS DE LOS DATOS HISTÓRICOS

1. EL CONCEPTO DE HERMANO ANTES DEL CRISTIANISMO Y FUERA DE ÉL	21
a) «Hermano» en el mundo griego	21
b) El concepto «hermano» en el Antiguo Testamento	23
c) La evolución del concepto «hermano» en el helenismo	30
d) El concepto «hermano» para la Ilustración y el marxismo	34
2. EL CONCEPTO DE HERMANO EN EL CRISTIANISMO PRIMITIVO	43
a) «Hermano» en las palabras de Jesús	43
b) Evolución del concepto de hermano en el Nuevo Testamento, especialmente en Pablo	52
c) El concepto de hermano en la Patrística	61

REFLEXIONES
DESDE LA TEOLOGÍA

3. La fe como fundamento de la fraternidad cristiana	67
4. Superación de los límites dentro de la fraternidad cristiana	81
5. Los límites en la comunidad fraternal cristiana	91
6. El verdadero universalismo	103
 EPÍLOGO	 115
 <i>Índice de citas bíblicas</i>	 123
<i>Índice de autores</i>	125

PRESENTACIÓN

RICARDO BLÁZQUEZ

Las palabras *hermano* y *fraternidad* tienen una historia tan larga como la humanidad, ya que designan una experiencia humana primordial. Desde este significado básico, han ido enriqueciéndose con otros sentidos filosóficos, sociales y religiosos que las han convertido en términos particularmente densos.

Sin paternidad no hay filiación, sino orfandad; y sin origen en los mismos padres, sin compartir filiación, no existe fraternidad biológica. Ampliando el fundamento de la fraternidad a la naturaleza humana, a los lazos de parentesco, a la adopción, a la condición de compatriota, a la fe religiosa compartida, a la solidaridad por la que muchos se adhieren a la misma causa... podemos alargar el sentido de la fraternidad. Todas estas perspectivas se han reflejado a lo largo de la historia en la misma palabra.

El libro que presentamos está dedicado a la fraternidad cristiana; transfiere, por tanto, la fraternidad biológica a las relaciones que los cristianos establecen entre sí. Con esta calificación expresa la Iglesia su identidad, hasta el punto de llamarse a sí misma fraternidad, paz, comunión.

La fraternidad de los cristianos recoge unas conferencias dictadas en 1958 en Viena por el entonces joven profesor de teología Joseph Ratzinger. Dos años después aparecieron en forma de libro y en 1962 vieron la luz en su versión castellana. El mismo contenido, con ampliaciones teológicas, morales, pastorales y espirituales, y organizado de manera diferente, apareció bajo la palabra «Fraternité» en el *Dictionnaire de Spiritualité* 5, Paris 1964, cols. 1141-1167.

La obra analiza los datos históricos acerca del concepto de hermano antes y fuera del cristianismo, y a continuación en el cristianismo primitivo. Tras este recorrido histórico sobre la fraternidad, a través del cual en contraste con otras concepciones pone de relieve lo original de la fraternidad cristiana, el autor presenta una síntesis de sus ingredientes más importantes.

No es difícil elaborar una lista larga de pequeños libros teológicos que son auténticas joyas. Nos presentan de manera sobria y suficiente una intuición vigorosa o una idea importante. Me alegro de que Ediciones Sígueme haya acometido la tarea de publicar nuevamente algunos de ellos. De un tirón se pueden leer, y así personas menos pacientes o con poco tiempo disponible para dedicarlo a grandes libros pueden beneficiarse de obras valiosas. En estos casos cuadra el adagio «lo bueno, si breve, dos veces bueno».

El libro de Ratzinger tiene además un valor añadido. Recorrer la historia de la literatura teológica y de los movimientos e iniciativas eclesiales anteriores al Concilio Vaticano II ayuda a leer sus documentos y

a interpretarlos con este punto de referencia. Aunque dichos documentos están abiertos a profundizaciones ulteriores y a sugerir nuevas potencialidades al hilo de los acontecimientos, no es legítimo olvidar el tramo del camino que desembocó en ellos. Qué es la Iglesia, cuál es el sentido originario de la fraternidad cristiana, cómo se deslinda su identidad, cómo en una sociedad plural los cristianos estamos llamados tanto a vivir con nitidez nuestra condición como a evangelizar... son lecciones que aprendemos leyendo estas páginas.

Una generación no puede nutrirse sólo de las obras que produce; debe ensanchar su horizonte y cultivar sus raíces volviendo una y otra vez a escritos que han enriquecido y densificado la conciencia de la Iglesia. Cuando es grande la tentación de encerrarse en el presente, que por otra parte huye vertiginosamente, y cuando la producción teológica es probablemente de menor empuje que la de épocas anteriores, necesitamos abrevarnos en las fuentes más caudalosas y que no se han agotado en absoluto. Las matizaciones y los complementos oportunos no les quitan valor.

Y dicho esto, expondremos algunas reflexiones a la luz de la segunda parte del libro, donde se integran los resultados de la primera («Análisis de los datos históricos»), se ahondan y sistematizan.

1. *¿Cuál es el fundamento de la fraternidad cristiana?* A medida que Jesús anuncia el reino de Dios y es acogido por los hombres a través de la conversión y la fe, se va formando una nueva familia en su entorno (cf. Mc 3, 31-35; 10, 29-30). A diferencia de la fraternidad

según la Ilustración y el Estoicismo, que se basa en la naturaleza, la fraternidad cristiana tiene por fundamento la fe en el Dios de Jesucristo, un Dios que es ante todo el Padre de Jesús, y el nuestro en la medida en que somos adoptados como hijos en el Hijo y por el Espíritu podemos invocarlo filialmente como nuestro «Abba» (Rom 8, 14-17; Gal 4, 4-7).

Todo hombre puede ser cristiano; pero de hecho sólo es cristiano y hermano quien, a través del bautismo de la Iglesia madre, entra en la fraternidad de los cristianos. «El acento recae sobre la idea del nuevo nacimiento gracias al cual el hombre recibe a Dios por Padre, a la Iglesia por Madre y, en virtud de esta adopción filial que le viene de Dios, es agregado al grupo de los hermanos de Jesucristo» (*Fraternité*, col. 1149). Haber nacido en el seno materno de la Iglesia, por el agua y el Espíritu, comporta la gracia de la fraternidad y del amor con los demás hijos de la Iglesia. San Agustín distingue con frecuencia entre «hermano» y «prójimo», siendo éste todo hombre y aquél sólo el cristiano (cf. Gal 6, 10). La condición cristiana es, por consiguiente, filial respecto a Dios Padre, a quien invocamos como «Padre nuestro», y es fraternal respecto a los demás cristianos, mostrando así que la componente social se halla en el corazón del Evangelio. A esta luz deberíamos estar los cristianos más atentos a no intercambiar como si fueran equivalentes las palabras «fraternidad» y «solidaridad», ya que se refieren a ámbitos distintos de pertenencia. E igualmente es necesario subrayar que la auténtica fraternidad de los hombres

supone la paternidad de Dios. Por la fe en Jesucristo y la regeneración bautismal reciben los conceptos de paternidad, filiación y fraternidad un sentido nuevo, a saber: el sentido específicamente cristiano.

2. La incorporación a Jesucristo por el bautismo suprime los «límites dentro de la fraternidad cristiana» (capítulo 4); reina entre los cristianos una *auténtica igualdad*, que no admite ni privilegios ni discriminaciones. Otras formas de ser hermano, como la ministerial o monástica, no pueden oscurecer la fraternidad cristiana original (cf. Mt 23, 8; 1 Tim 5, 1-2).

Dentro de la Iglesia deben abatirse las barreras que impiden la fraternidad: raza, sexo, lengua, nación, cultura, condición social, opción política legítima, etc. «Los que os habéis bautizado en Cristo os habéis revestido de Cristo: ya no hay judío ni griego, ni esclavo ni libre, ni hombre ni mujer, ya que todos vosotros sois uno en Cristo Jesús» (Gal 3, 27-28; cf. Col 3, 11).

La fe en Jesucristo no es privilegio de ningún pueblo. Es una fe que crea vínculos diferentes a los de «la carne y la sangre». La Iglesia se forma con cristianos procedentes de todos los pueblos, ya que está abierta a todos los hombres. Bastan la fe y el bautismo para ser cristiano; no se requieren otras condiciones culturales o sociales. Por esto, la Iglesia debe ser como un fermento de unidad entre los hombres y los pueblos, y aspira a hacer una sola familia de toda la humanidad.

«Amad la fraternidad» (1 Pe 2, 17; 3, 8). Resulta vital el cultivo de la eclesialidad y de la fraternidad con los demás cristianos. Si nos redujéramos a practicar

las obligaciones de justicia y solidaridad, de respeto a los derechos de todos los hombres, de tolerancia con quienes profesan diferentes creencias religiosas, etc. desdibujaríamos la configuración de la Iglesia, que es una fraternidad íntima y social. Si se desvanece el contenido propio de la Iglesia, perderá ésta su originalidad, su razón de ser y su genuina fecundidad.

El cristiano, en medio de la sociedad actual, que le resulta con mucha frecuencia inhóspita, tiene necesidad de un «microclima» para vivir la fe, el seguimiento de Jesús y la misión evangelizadora, en que halle cobijo, apoyo, confianza, serenidad y amistad. Estos «microclimas» no pueden cerrar la comunicación con el exterior, sino hacerla posible y fecunda apostólicamente. La Iglesia tiene una fuerte tonalidad familiar; pues bien, la familia es el espacio humano donde nace la persona, se forma y vive; y desde donde puede armoniosamente insertarse en la sociedad.

3. Con unas palabras que, para nuestra sensibilidad actual, pueden resultar provocadoras, Ratzinger sostiene lo siguiente: «El cristianismo implica supresión de límites, pero también *crea una nueva frontera*: entre los cristianos y los no cristianos. Por tanto, el cristiano es inmediatamente sólo hermano del cristiano, pero no del no cristiano. Al margen de esto, su deber de amar se extiende a todo necesitado que precise de él. En cualquier caso, sigue en pie la urgencia de construir y conservar una fraternidad profunda dentro de la comunidad cristiana» (*infra*, 91; cf. también Mt 25, 31-46; Lc 10, 29-37).

En ocasiones se sostiene que la Iglesia católica, para ser tal, debe ser cristiana, y que para ser cristiana debe ser religiosa, y que para ser religiosa debe ser humana. Así, se establece como criterio de la identidad más íntima la pertenencia más general. A nadie se le oculta que en esta concatenación se esconde una ambigüedad. Más bien hay que precisar que cualquier grupo bien identificado es distinto de los otros; sin embargo, tal distinción no equivale a confrontación ni a ruptura. Así, los católicos vivimos la condición humana y nos ocupamos de las grandes causas de la humanidad como Iglesia de Dios reunida en Jesucristo.

No es superfluo subrayar que existe un dentro y un fuera de la Iglesia (cf. 1 Cor 5, 12-13; Col 4, 5; 1 Tes 4, 10-12); es decir, hay hombres que ya son hermanos por ser cristianos, y otros que no lo son, al menos todavía. Pero como advierte atinadamente Ratzinger, en este punto nos inclinamos a pensar más de acuerdo con el espíritu de la Ilustración que de acuerdo con el espíritu paulino o cristiano.

4. La Iglesia, claramente identificada como una comunidad de hermanos en Jesucristo, no está cerrada sobre sí misma. Su límite —ya lo hemos dicho— no es sólo confín que separa, sino también contacto para la comunicación entre la Iglesia y el mundo. Establecer límites entre el interior y el exterior de la Iglesia no tiene por finalidad crear un grupo esotérico y aislado, sino garantizar la *misión hacia la totalidad*. La Iglesia ha sido convocada por Dios para ser enviada al mundo, no para vivir cómodamente replegada en sí. El deber

evangélico de custodiar la identidad de la fraternidad cristiana no es por temor, sino por amor a la humanidad; no se inspira en el miedo al mundo, sino en la obediencia a la misión recibida de Dios. La Iglesia no es un gueto de selectos o débiles. Está en el mundo y no debe ser del mundo; participa en las condiciones históricas de las sociedades, aunque en todo lugar halle patria y en toda patria se sienta peregrina.

Cuando Dios llama —y la Iglesia es convocación de Dios— piensa en el servicio a los demás. No elige para honrar a los elegidos ni para romper la comunidad humana. Llama para cumplir una misión que implica sufrimiento y que se concreta en el amor generoso y servicial. Dicho en términos metafóricos: la Iglesia y los cristianos están llamados a ser en medio de la sociedad sal, luz y fermento. No podrían llevar a cabo tal misión sin vigor interno y sin contacto exterior; si se desvirtúan, pierden capacidad transformadora, y si se mantienen a distancia, se quedan sin ocasiones para prestar el servicio apostólico. El amor dentro de la comunidad cristiana y el amor hacia todos es misionero (cf. Mt 5, 43-48; 25, 31-46), ya que abre las puertas de los hombres al Evangelio y respalda la palabra de la predicación.